

José Luis Espina

El hombre equidistante



once varas 1

COLECCIÓN Once Varas
DIRECCIÓN EDITORIAL Javier Lasheras
© DEL TEXTO José Luis Espina
© DE LA EDICIÓN Asociación de Escritores de Asturias
EDITA Literarias, Asociación de Escritores de Asturias
DISEÑO Y COMPAGINACIÓN Pandiella y Ocio
ISSN 1989-3973

José Luis Espina
El hombre equidistante



ASOCIACIÓN DE ESCRITORES
DE ASTURIAS

El hombre equidistante

Benavides Roncero Morón un día se volvió equidistante. Equidistante vital, entre la felicidad y la amargura; equidistante anímico, entre la euforia y la pesadumbre; equidistante intelectual, entre la sabiduría y la estupidez. Entró a comer en un bar de la calle Mallorca después de pasar la mañana recorriendo tiendas donde encontrar una corbata para la boda de un amigo. A la una y media de la tarde la búsqueda había sido infructuosa y lejos de amilanarse o desistir, se propuso continuar tras un descanso para el almuerzo. Como los de cualquier equidistante, sus deseos y aspiraciones eran siempre una hazaña que se tornaba reto. Buscaba una corbata de equidistante, que no expresase júbilo aunque tampoco sobriedad, una corbata ideal para una lazada falta de pomposidad, pero también de acomplejamiento.

Benavides había recorrido boutiques, franquicias y tiendas de barrio, sin desechar los puestos ambulantes que los paquistaníes establecían a lo largo del Paseo de Gracia. Se vio sometido a las controversias de la seda o del punto, de los precios inalcanzables y de las gangas sospechosas, de los extremados diseños de las Leonard o los más convencionales de las Gucci.

Comprar corbatas en una mañana estival le resultaba poco alentador y hasta grimoso. Pensar en un complemento que le ceñiría la camisa contra la piel repugnaba en medio de aquella canícula, aunque el sol se había aplacado los dos últimos días y las nubes se alternaban en el cielo impidiéndole brillar con la acritud lógica de un mes de agosto. A pesar de ello, un bochorno desagradable impregnaba la piel con un sudor pegajoso y la gente se obstinaba por evitarlo, aireando los cuerpos o abrigándose con atavíos menores.

La mañana era poco tumultuosa y las calles parecían más anchas sin la barahúnda habitual de cada día. Las aceras irrum-pían como avenidas y los escaparates a oscuras de algunas tien-das, se congraciaban con esa atmósfera de vacuidad que trans-formaba la ciudad en un entramado de sendas transitables sin caos ni aglomeraciones. Aunque a su parecer, desentonaban los turistas, a los que tenía por comodines errabundos en pan-talones cortos y camisetas holgadas, deteniéndose ante las fa-chadas, buscando la revelación cultural que pronosticaban los libros de viajes. Los adivinaba desorientados y embelesados frente a los lugares que él recorría a diario y le causaban un ex-traño complejo de ajenidad, como si su interés por los detalles de los esgrafiados o los perfiles de los frisos adquiriese un sen-tido de recriminación a la ignominia de su apatía, y se revela-sen como una amenaza decidida a deportarle al purgatorio de las calles vacías.

Mientras escrutaba el interior del restaurante a través de la puerta de cristal, una mujer salió a la calle acompañada del que parecía su hijo. El carraspeo constante y el vocabulario ininte-ligible con que increpaba al niño llevaron a Benavides a la con-clusión de que eran alemanes. Ella tenía la espalda corva, y bajo una capa espesa de crema hidratante se traslucía una superficie de piel encendida. Las tetas de nodriza exhausta le terminaban donde se le iniciaba el estómago y se le resaltaban bajo la cami-seta de tirantes, muy delgada y ceñida, por la que también cla-reaban las costuras de un sujetador endeble. Era la una y media de la tarde y Benavides sentenció que había pasado la mañana tomando el sol sobre la arena ardiente, abrasándose los pechos con la misma ferocidad que un pollo asado crepita dando vuel-tas en un horno con un eje ensartado en el culo.

No era exigente en cuestiones culinarias, cómo habría de serlo tratándose de un equidistante, pero detestaba los lugares plagados de extranjeros en camiseta que se conformaban con un plato barato de paella y una jarra de sangría.

A pesar de la turista accedió al local y lo sentaron a una mesa arrinconada, vestida con mantel y servilletas de celulosa. Como Benavides era también equidistante temperamental, entre el blanco y el negro, nadie le presto atención y asistió sin alterarse a la humillación de ver como tres comensales llegados después que él, se le adelantaban en las atenciones del servicio.

Lo acomodó una joven opulenta con labio leporino y voz chillona, como enlatada en un bote de refresco y pensó que una voz parecida era la que escuchaba Aladino cuando el genio le hablaba desde el interior de la lámpara. Por sí solo, el labio leporino no le hubiese provocado ningún rechazo, no así la voz atiplada y chirriante. Así que el más remoto nexo con aquel tono hilarante, agravaba cualquier otra imperfección por leve que fuera. Su obesidad, su desdén hacia él, su labio leporino, sus pies descuidados enfundados en unas chancletas de rizo, configuraban un panorama detestable cuando desde detrás del mostrador gritaba a la cocina la relación de las comandas.

Benavides se instaló en su esquina disimulada y leyó con detenimiento el menú del día transcrito a mano y sin entusiasmo, seguramente por la joven desmedida. Esperó a que lo atendiese, no por paciencia, Benavides no tenía paciencia, la paciencia es una virtud y Benavides era un transeúnte accidental ocupando su sitio en un decorado ornamental sin una misión precisa.

Cuando ella apareció, él había memorizado el menú como si la carta enfundada en un sobre de plástico fuese un catón que hubiese de recitar sin errores para poder comer.

—Entremeses variados de la casa, albóndigas con patatas, agua con gas para beber y de postre un flan.

De no ser por el agua con gas, la joven lardosa hubiese adivinado sus preferencias contemplando a Benavides desde la distancia del mostrador, pero el agua con gas trastocó lo evidente. El gas de su agua era un sobresalto inusitado a su normalidad anodina, una concesión a la perversión. Se sintió como un transgresor al reconocer que había pedido agua con gas para

desorientar a la gorda. Cuando se lo hizo repetir, cuando le pidió la confirmación de su exabrupto, la voz congestionada entre sus carnes endureció la percepción de sus dimensiones, de su silueta, de sus dedos morcillones en las chancletas de rizo y del labio leporino que le atravesaba la boca obligándola a nasalizar las palabras con el odioso bufido de un rumiante.

—*Albóndigaf* no quedan, le corrigió con desdén.

—Imposible, pensó sin decir palabra Benavides. Sólo es la una y media y no puede ser que ya no queden albóndigas.

—*Laf últimaf fe laf eftá comiendo aquel feñor*. Y señaló indiscreta a un hombre de mediana edad que levantó la vista de su diario esbozando una mueca de disculpa por comerse las últimas albóndigas.

—*Biftec* o emperador a la plancha. Sentenció, y descargó la mirada sobre la cabeza vulgar de Benavides, y el peso amedrentador de su labio quebrado pareció posársele sobre la coronilla rala.

—Emperador.

Benavides Roncero Morón nunca había probado emperador a la plancha, pero no quería bistec.

Después ella dio media vuelta y las suelas de goma tabletearon contra los talones y las baldosas.

Él miró hacia la mesa próxima donde el hombre de mediana edad se comía las albóndigas y supuso que en su lugar, el picadillo se le habría indigestado si la joven de voz desagradable le hubiese humillado de aquella manera, dejando saber a todos los comensales que aquel infeliz era el responsable de que él no pudiese satisfacer el gusto de comer lo que le apetecía.

Esperó sentado, oyendo los alaridos de ella cada vez que pasaba los pedidos a la cocina, incapaz de pronunciar correctamente una sola ese. *¡El fegundo para la fiete!*, *¡Poftre para la dof!*, *¡Folyfombra y defcafeinado con facarina para la cuatro!*

Otra pareja llegó después. Como Benavides, entraron tras una indiscreta ojeada al interior desde la puerta principal. Habían pintado en ella un pulpo de color marrón que invitaba a

pasar, exhibiendo una sonrisa ostentosa de pulpo de mentira y un rótulo que anunciaba comidas caseras. Hacía calor y la placa adhesiva de color dorado que advertía de local climatizado fue la razón que les llevo hasta adentro. Se sentaron, leyeron la carta y cuando la camarera se dispuso a tomarles nota, Benavides escuchó desde su rincón modesto la voz distorsionada de ella repitiendo lo de *albóndigas no quedan, las últimas se las ha comido aquel feñor*, y volvía a señalarlo con el extremo de un bolígrafo mientras el hombre se apresuraba a concluir los últimos flecos de un flan, cansado de repetir disculpas.

Más lejos, un hombre y una mujer flanqueaban a una anciana vestida de negro, a la que no prestaban atención mientras discutían con vehemencia. Él era chino, y era la primera vez que Benavides veía un chino vehemente. En su pasión por las equidistancias los chinos siempre le habían parecido comedidos, afables y un tanto medrosos, casi un ejemplo de moderación al que aspirar.

Se imaginaba una fiesta de chinos, celebrando cualquier cosa, quemando pólvora y disfrutando como escolares con gorritos de cartón encasquetados en sus cabezas redondas, haciendo sonar trompetitas de juguete. Claro que la experiencia de Benavides Roncero con los asiáticos se limitaba a unos cuantos restaurantes orientales de Barcelona y a uno o dos documentales de televisión sobre perros pekineses y el triunfo de Mao Zedong en la guerra civil de China.

Supuso que aquel hombre soliviantado que agitaba arriba y abajo la cabeza, debía tener sus razones para exponerse abiertamente tan irascible. La mujer que lo acompañaba no era oriental, no tenía los rasgos, pero discutía con el mismo acaloramiento que él, aunque su irritación le parecía más ominosa a Benavides. Sus facciones occidentales le dictaban un código gestual más próximo, descubriendo en ella los defectos reconocibles que no percibía en el chino. La anciana se limitaba a mirar la carta y Benavides volvió por un instante al hombre que

ya había terminado su flan. Se le ocurrió imaginarse qué sucedería si a alguno de ellos se le antojasen albóndigas de segundo plato. Sin dejar de enfrentarse a la mujer, el chino le colocó a la anciana la servilleta de papel contra el pecho, acreditando su torpeza para comer sin ensuciarse. Después calló inesperadamente, dejando que los brazos se le descolgasen a cada lado de la silla. Un arrebató de extenuación repentino pareció alcanzarle. Se levantó en silencio y se dirigió hacia el pasillo estrecho que se perdía al fondo, en la dirección más probable de los aseos.

El equidistante Benavides consumió el café de dos tragos, le molestaban los paseos ruidosos de ella. Sus bufidos y su desdén alteraban su temperancia habitual y se vio traicionado por esa sensación inevitable de aversión correspondida. Esperó el cambio y recogió las monedas, omitió por supuesto la propina y antes de salir se perdió también por el pasillo umbrío de los lavabos, donde se apilaban cajas de bebidas que llegaban al techo y el aire se trastrocaba en un tufo rancio de humedad y descomposición. Sintió que se precipitaba por una senda sin retorno en cuyo final se vertían los desechos de medio mundo y presintió que era ese el inicio del corredor sombrío donde los turistas desdeñosos pretendían confinarle.

Una puerta de chapa endeble y garabateada puso fin a sus expectativas más turbias y tras ella, reflejada en un espejo de azogue carcomido, presenció la cara crispada del chino, dramáticamente congestionada por una sonrisa de encías melladas, mientras con un cepillo limpiaba los últimos restos de comida atrapados entre los huecos de la dentadura postiza que sostenía con los dedos.

Benavides se encaró a un urinario y orinó inquieto, notando la presencia incómoda del otro raspando perseverante la prótesis bajo el agua corriente del grifo. Después se escurrió en silencio hacia el pasillo apestoso recibiendo del oriental una última mueca trágica, mientras encajaba la dentadura en las encías.

Volvió al comedor y cruzó por delante de la barra hasta alcanzar la puerta de salida. Se encontró de nuevo con el calor humedecido del que se había olvidado y recobró la experiencia de singularidad en la calle abandonada. Entre los tentáculos del pulpo del cristal recuperó la visión del interior y vio al chino acomodado de nuevo en su sitio. La anciana masticaba en silencio ante el apremio de la joven que la alentaba a darse prisa. Le recordó a la abuela Carmen. También ella tenía los ojos pequeños y húmedos, con los bordes de los párpados arrebolados, las pestañas escasas y el moño cano recogido en la nuca con unas horquillas invisibles. Murió convencida de que el hombre no había pisado la luna, con la seguridad de que ni siquiera se le había aproximado.

Cada tarde extendía sobre la mesa una manta de fieltro y planchaba mientras le conminaba a ordenar sus aspiraciones, a buscar primero las más sencillas y que el logro de cada una fuese un estímulo para continuar adelante. Le decía esas cosas que no entendía bien, a creer en lo sencillo y a perseverar en los deseos hasta conseguirlos, siempre al ritmo suave de la plancha sobre la manta de fieltro, llevándole a la nariz el calor con olores que despedía la ropa, y le parecía imposible que cualquier cosa que pudiese decirle su abuela no fuese verdad. Los mismos argumentos con prosa más erudita los había visto mucho más tarde, impartidos en manuales de autoayuda y planificación por objetivos, pero le parecía ofensivo que no fuese la foto de ella, con su moño recogido en la nuca, la que ilustrase la solapa plastificada de los libros.

Disciplinado y preciso con los preceptos de su abuela, durante aquel curso de bachillerato, puso su empeño en hacerse con la bicicleta Orbea que exponían en el escaparate de un almacén. Tras cada examen superado volvía al aparador acristalado y se deleitaba ante la bicicleta considerándola cada vez un poco más suya, y el día siguiente de conocer los incuestionables resultados finales, su padre le sorprendió frente a la puerta de

la casa sujetando radiante y orgulloso la bicicleta Orbea de su hijo Benavides Roncero Morón.

A menudo rememoraba la explanada verde del parque, una extensión colmada de árboles que recorrían unos senderos por los que paseaba la gente, correteaban perros y se extenuaban sudorosos los niños que jugaban al fútbol. Un aliso con una placa en su base reproduciendo el nombre de la especie, cruzaba las ramas por encima de una senda asfaltada. El extremo de un estanque en el que se bañaban patos y cisnes quedaba también bajo el abrigo del aliso enorme y los niños con sus abuelos eran despechados por los animales que no sabían qué hacer con tanto mendrugo de pan remojado.

Las lindes eran una sosegada demostración de especies verdeando, convirtiendo los caminos en santuarios de sombras apacibles. El nogal y el olmo blanco se sucedían, después se erigía un sauce salguera y a continuación venía el aliso, todos con su placa.

Eran las cinco de la tarde y las horas llegaban pausadas desde un campanario próximo, invisible por la espesura de la arboleda. Su bicicleta nueva había sido la recompensa por la culminación gloriosa de su primer curso de bachillerato y paseaba con ella por el parque, deslizándose en silencio sobre la grava y el asfalto.

Lo demás resultó del albedrío inexplicable con que el destino tiene por costumbre sorprendernos. De vez en cuando la providencia nos inquieta con sobresaltos imprevisibles, y Benavides consideraba que el azar disponía de un arcón repleto de excedentes, inocuos por sí solos, que lanzaba al aire cada cierto tiempo cayendo inesperadamente en cualquier parte. A él le cayó del cielo la anciana empujada en una silla de ruedas. Noto el impacto brutal, inusitado bajo la umbría apacible de los árboles. Después de los primeros instantes de desorientación, Benavides logró incorporarse sin apenas daño. La anciana balbuceaba desde el suelo, alejada de su silla volcada con las ruedas hacia arriba que giraban con el rumor de los rodamientos descoyuntados.

La bicicleta descansaba inerte más a lo lejos, con la rueda delantera convertida en una amasijo de radios desfigurados, enzarzados entre la llanta deformada. Se levantó del suelo y caminó despacio hasta la bicicleta inservible, y se descompuso en un llanto desesperado, ajeno a la vieja que balbuceaba, a la silla y a las ruedas que habían dejado de girar. Tampoco le alteraron las voces del hombre que la acompañaba pidiendo ayuda, ni el ir y venir de los curiosos rodeando a la mujer maltrecha, con las manos en los bolsillos, alegres de que en el parque pasase algo de que hablar. Los equidistantes de entonces, como los de ahora, merodeaban de un lado para otro, como figuritas animadas de relleno pero sin nada que aportar.

Él estaba arrodillado bajo un roble enorme, pero los patos y los cisnes se habían ido y quienes los alimentaban con pan duro formaban parte de los equidistantes que miraban con las manos en los bolsillos, satisfechos por tener algo mejor con que entretener a sus nietos.

Hubiese llorado eternamente, roto por una emoción nueva, de no haber sido por la bofetada que le estampó en la nuca el hombre que tiraba de la anciana inválida. Le gritaba fuera de sí, acusándole de tantas cosas que aunque hubiese nacido tres veces, no hubiese podido hacer méritos suficientes para alcanzar tanta perversidad.

Después de la primera impresión, Benavides recobró el llanto y siguió allí sentado, frente a su bicicleta inservible. Y así estuvo, llorando tres días, quién sabe si por haber deslomado a la vieja incapacitada, si por la silla desvencijada, si por la bicicleta destrozada o por el castigo de sus padres que no cesaban de lamentarse.

Al cuarto día Benavides dejó de llorar. Abandonó la habitación en que se había recluso y se sentó a la mesa a la hora del almuerzo, con un semblante nuevo, como si el accidente le hubiese abierto las puertas a otro mundo menos expuesto. Miraba a sus padres con una seguridad nueva, hasta los gestos eran más

decididos aunque tardaba más en ejecutarlos. Los movimientos no eran improvisados ni atolondrados, eran fruto de la reflexión, cualquier acto tenía un paréntesis de racionalidad. Pásame el pan, y lo pasaba después de pensarlo; levántate a por el agua, y lo hacía, no sin una pausa previa en la que elaboraba y prefiguraba el sencillo proceso de levantarse, llenar la jarra de cristal y transportar el agua hasta la mesa. Ni siquiera se alteró cuando su padre, después de contestar una inoportuna llamada de teléfono, le comunicó que la anciana que había visto balbucear sobre la hierba del parque nunca más disfrutaría de sus frondas porque había dejado de existir.

Los padres de Benavides no pudieron evitar las lágrimas al imaginarse el futuro incierto de su hijo, convertido de pronto en un homicida menor de edad. Sintieron que su desolación se incrementaba ante el sentimiento corroedor y repentino de haber traído al mundo a un homicida sentado a su mesa con una cara nueva y una actitud desafiante. Benavides tenía diez años y en una semana había destrozado una bicicleta nueva, había matado a una vieja inválida y se había convertido en un personaje equidistante.

Tal vez las decepciones fueron la causa, o tal vez una eclosión de resentimiento. Le abominaba la rapidez con que bajo la carpa verde de los árboles se habían trastocado las enseñanzas de la abuela y evadido las esperanzas del padre, que aquella misma tarde, había recreado la estampa de tutor orgulloso, sosteniendo para él la bicicleta Orbea. Seguramente fue la revelación de que el orden más preciso se torna nada en lo que dura un suspiro. Así, los hechos se confabulan de tal manera que, aquella bicicleta que materializaba las ideas de la abuela Carmen, se tornó la razón que las enterraría definitivamente, la misma razón que le retiraba la confianza de su padre. No hubo más metas alcanzables ni proyectos mayores porque ya nada merecía la devoción de Benavides. Los tres días de encierro alteraron la firmeza de sus convicciones y entendió que quienes

rodeaban ensimismados el cuerpo agonizante de la anciana, quizás también habían visto interponerse en su camino el obstáculo que había propiciado el vuelco de sus vidas y ahora, con las manos en los bolsillos, veían los días discurrir, convencidos de que su actitud no daba opción al mal fario.

Tres días después Benavides emergió a la luz desde la boca del metro de Paseo de Gracia. Frente a la casa Batlló no faltaban turistas sacralizando el edificio con sus cámaras. Les expresó indiferencia y se alejó hasta la confluencia con la calle Mallorca. Era el día de la boda de su amigo y Benavides cruzaba la calle acondicionado en un traje azul marino de lana fría, poco apropiado para el mes de agosto. Modestamente erguido y sublime, víctima de un acartonamiento inusual, no podía evitar del todo el sofoco que le invadía sometido a la tiranía de la indumentaria. Lucía una corbata de seda nada estridente, pero suficiente para tamizar la impresión elegiaca que transmitía su traje de corte y color excesivamente convencionales. Dos días de búsqueda le había supuesto dar con la corbata deseada y, alejado de los precios desorbitados y los diseños rabiosos, había optado por un modelo más mundano que imitaba un estampado básico de Hermès. Poco había cambiado el verano en aquellos tres días, la intemperancia del sol se traducía en un ir y venir de cirros oscuros de agua que nunca llegaban a descargar. Así que la ciudad se convertía en una bolsa de humedad nada proclive a su disfrute, aplastada por una vaharada de calor de procedencia incierta.

La equidistancia de Benavides le había empujado a la calle cinco horas antes de la hora convenida. Se trataba de un pretexto de aclimatación, ni el traje ni la corbata formaban parte de su aditamento cotidiano.

Buscó las sombras que los plátanos prodigaban sobre la acera y recorrió la calle ajustando el paso a un ritmo que no alentase el sudor. Llegado a la altura del bar donde había sido atendido por la joven obesa de labio leporino, escrutó desde la

puerta el interior del local. La mesa que había ocupado estaba vacía y los cubiertos y la servilleta de papel parecían estar allí esperando que se decidiese a entrar.

A las dos y cuarto de la tarde aun no había comido. La puerta se abrió de pronto y la alemana de tetas grandes y su hijo abandonaron el local. Tras ellos percibió el frescor del aire artificial que aclimatava el restaurante. La espalda de la mujer no tenía mejor aspecto y lo que primero fue un enrojecimiento de la piel, ahora era un mosaico de pieles muertas y reseca en forma de escamas.

Pocos segundos después volvió a abatirse la puerta y esta vez fue la anciana silenciosa quien alcanzó la acera, seguida por el oriental díscolo y la mujer que la acompañaban. Benavides descubrió en su rostro la misma expresión compungida que le había visto reflejada en el espejo marchito de los aseos. Caminaban nerviosos, sujetando a la vieja cada uno por un brazo, obligándola a acelerar la zancada, transportada casi en volandas. Caminaron hasta el paso de peatones y esperaron a que la luz verde del semáforo les cediese el paso.

Benavides se entretuvo leyendo la pizarra verde que detallaba el menú del día. Notó que el sudor le arroyaba por el cuello y le empañaba la camisa, sintió el nudo de la corbata contra la nuez y las mangas de la chaqueta atenazándole los brazos. La anciana, el chino y la mujer habían cruzado la calle y otra vez la luz roja brillaba para los peatones. La puerta del local se abrió de nuevo y la muchacha rolliza le desplazó con su embestida. Gritaba mientras corría, *¡feñor, feñor!*, y con el brazo en alto sujetaba entre los dedos la dentadura que el oriental se había olvidado en los lavabos. Corría con un trote inestable, mal coordinado por el peso y la torpeza. Las chancletas resonaban contra el suelo con un sonido que a Benavides se le había hecho inolvidable. El brazo en alto y la dentadura entre los dedos terminaron por convencer al chino de que el griterío era por él y ella se abalanzó sobre la calzada con la reiterada exclamación de *¡feñor, feñor!*.

Era un día propio de agosto, de ornamentos cotidianos invariables: las palomas arrullando en las aceras, el quiosco de la esquina, el vigilante del parking adormecido a la entrada, el colmado, la capilla que siempre cobijaba indigentes en la umbría del quicio y el tráfico lento y espaciado. Pero el juego del azar cobra forma cuando echa mano de lo improbable y en la intersección trazada por la geometría del devenir, coincidieron la muchacha desagradable y el coche blanco que irrumpió con la fuerza arrolladora de lo inesperado. Algo se truncó de repente y una emanación nueva invadió la ciudad cansada y aplomada por el calor.

Después de saltar por los aires la muchacha fue a estrellarse contra el asfalto reblandecido. El coche blanco se detuvo en una esquina y del interior descendió un hombre menudo y asustado, el mismo hombre aturdido que unos días atrás había terminado con las últimas albóndigas del menú. El oriental vio como su dentadura aterrizaba en el alcorque abierto a los pies de un árbol y, con el mayor de los cuidados intentaba recuperarla de entre los orines y excrementos de perro. Apoyada contra la pared la anciana sólo miraba cómo la mujer más joven increpaba al chino por su descuido. La alemana abrasada emergió de alguna parte y se acercó con el niño hasta donde yacía la joven. Pronto se formó un corro de equidistantes, los había de todas partes, muchos en pantalones cortos sujetando guías de viaje entre las manos.

Benavides se acercó lentamente hasta ella con las manos en los bolsillos. Sudaba copiosamente y la transpiración se le delataba en el nudo de la corbata que empezaba a empapársele. Avanzó con destreza hasta situarse en los primeros anillos del corro. Se irguió sobre las punteras de los zapatos y la vio tendida en el suelo. La cicatriz relajada atravesándole el labio se expresaba con elocuencia. Le pareció que sonreía.

José Luis Espina (Lada-Langreo, Asturias, 1958) vive en El Vendrell, Tarragona. Es licenciado en Psicología Clínica por la Universidad de Barcelona y diplomado en Dirección de Marketing. En la actualidad dirige Bracket Cultura, dedicada al desarrollo de proyectos literarios, entre otros los reconocidos encuentros Visor, por los que cada año pasan una excelente representación de la narrativa española de los últimos años.

Su primera incursión en la narrativa, con la publicación del libro de relatos *No gana uno para sustos* (Editorial Duen de Bux, 2008), dejó un poso notable entre los lectores y no pasó inadvertida para la crítica. Con este libro obtuvo el Premio de la Crítica de Asturias 2008.

10^ae

ANIVERSARIO

ASOCIACIÓN DE ESCRITORES
DE ASTURIAS